

La sed

Virginia Mendoza

*¿De qué desierto antiguo eres memoria
que tienes sed y en agua te consumes
y alzas el cuerpo muerto hacia el espacio
como si tu agua fuera del cielo?*

ALFONSINA STORNI

Los hombres se humedecieron los labios, conscientes
de su sed. Y todos sintieron un poco de terror.

JOHN STEINBECK

No es posible, señor mío, sino que estas yerbas den
testimonio de que por aquí cerca debe de estar alguna
fuente o arroyo que humedece y así será bien que
vayamos un poco más adelante, que ya toparemos
donde podamos mitigar esta terrible sed que nos
fatiga, que sin duda causa mayor pena que la hambre.

SANCHO PANZA

Claro que Dios existe.

Es mujer

y se llama Lluvia.

GUSTAVO DUCH

Prólogo

Y todavía no había pasado suficiente tiempo cuando me
di cuenta de que tenía sed y que no llevaba agua. Quise

esperarme un rato antes de ir a buscarla, pero después recordé que existen cosas como la sed, como la muerte, como el amor, de las cuales no se puede huir, y que antes o después tendría que ir.

NÚRIA BENDICHO GIRÓ, *Tierras muertas*

Ni quiero ni puedo olvidarme del lugar de La Mancha en el que conocí la sed. Una bañera vieja, rodeada de ollas y cazos, esperaba la lluvia en el corral de mis abuelos maternos. Muy cerca de allí, el agua del río Villanueva empezó a escasear y dejó de llegar a las huertas de Villanueva de la Fuente (Ciudad Real). Algunos agricultores perdieron sus cosechas y una mujer tuvo que vender sus vacas. El abastecimiento también se resintió. El acuífero 24 (o del Campo de Montiel), del que manaba su río, había quedado prácticamente seco. Aunque les dijeron que era culpa de la lluvia, que no caía, llevaban ya tiempo sospechando que allí pasaba algo más. En plena sequía, mientras sus cultivos morían, unas mazorcas crecían esplendorosas a lo largo de casi mil hectáreas con la ayuda de un moderno sistema de riego en la finca de un duque. En agosto de 1987, los vecinos de Villanueva de la Fuente y de otros pueblos cercanos como Albaladejo, Villahermosa y Montiel organizaron una manifestación. Fueron hasta la finca con botijos bocabajo y pancartas que decían «¡Tenemos sed!» y «Queremos nuestra agua». Pero nada cambió.

El 15 de agosto era sábado, y los de Villanueva, convencidos ya de que su sed poco tenía que ver con la ausencia de lluvia, volcaron cuatro de los postes que llevaban electricidad a la finca de las mazorcas. En la

mañana del domingo, cuando vieron que los obreros de Unión Eléctrica intentaban repararlos, volvieron a echar abajo los cuatro postes y diecinueve más. ¿Quién lo hizo? «Todos hemos sido, señor», dijeron. En el pueblo eran unos tres mil quinientos durante todo el año, y muchos más, el doble, en pleno agosto. Protagonizaron su propio Fuenteovejuna sin sangre: «Aquí no hay ningún cabecilla, si eso es lo que usted quiere saber, pues somos todo el pueblo, y si, un suponer, se corriese la voz de que están poniendo las columnas de la luz, allá que nos vamos todos en avalancha a impedirlo, pero vamos con los brazos tan sólo, y sin armas, porque no buscamos violencia, sólo reclamamos lo que es nuestro, o sea, el agua», dijo uno de los entrevistados en la plaza del pueblo a Luis Otero. El periodista había llegado preguntando por la mujer que había vendido las vacas. De nombre le pusieron Julia, pero esos días sus vecinos empezaron a llamarla Agustina de Aragón. Era una anciana que resistía y arengaba a base de coplillas que ella misma componía, erigiéndose como lideresa y a la vez cronista de la revuelta de su pueblo.

La frase que un vecino de Villanueva de la Fuente dio a *El País* resume lo que pasó en su pueblo: «El agua ha sido nuestra de toa la vida de Dios, hasta que ese hombre ha puesto el reguerío pa su panizo». Acusaban de su sed al hijo del duque por haber abierto unos pozos de casi ciento cincuenta metros que conectaban con un sofisticado sistema de riego y que acabaron con el agua de todos. Pero también llevaban años sospechando del ganadero de la finca colindante. «Dijimos: sequía, sí, pero son las fincas las que están causando el daño a los manantiales y a las lagunas de Ruidera», me contó Juan

Ángel Amador, el alcalde que tuvo que lidiar con la guerra del agua recién estrenado su mandato. Llegaron los antidisturbios, dicen, alrededor de doscientos. Tan bien les salió la jugada a los vecinos amotinados que acabaron aplaudiendo a los guardias después de que el alcalde paralizase la reparación de los postes. Y el río volvió a llevar agua. La justicia les dio la razón y, dos años después, el acuífero se declaró sobreexplotado.

Aquel verano, los antidisturbios se habían prodigado en otro pueblo. Si en Villanueva los vecinos se negaban a dejar que repararan los postes que llevaban electricidad a la finca de las mazorcas, los de Riaño (León) se subieron a los tejados de sus casas y se negaron a bajar. Esa era su forma desesperada de resistir a un desalojo que finalmente no pudieron frenar y que culminó con la inundación de su pueblo y de ocho más —dos de ellos parcialmente— bajo las aguas de un embalse destinado al riego y a generar hidroelectricidad.

Las fotos de la prensa de aquel verano reflejan que a menudo los sedientos y los ahogados compartimos historia y somos dos caras de una misma moneda. Mientras algunos niños bajaban a protestar al fondo de un río seco en Villanueva, otro niño subía al tejado de su casa para frenar la inundación de su pueblo. Ambos quedaron retratados.

La sed siguió aquí porque nunca hace visitas breves y, poco tiempo después, regresó con una nueva sequía. En España y otros países mediterráneos se suceden sequías cíclicas que suelen durar tres o cuatro años cada década. En el verano de 1992, cuando España se

dividía entre los que dormían la siesta y los que esperaban que Miguel Induráin ganase el tour de Francia por segunda vez, en mi pueblo, Terrinches, seguíamos pensando en el agua y en casi nada más. El agua que no llegaba; el agua que nos expulsaría si seguía escaseando. Los mayores vivieron al borde de la desesperación, y fue entonces cuando aprendí a valorar el agua como sólo se valoran las cosas que se han perdido. Se convirtió en un misterio que durante un tiempo apenas aparecía con la ayuda de camiones cisterna y de las manos de mi abuelo Norberto...